

EL SIETECUEROS
DE LÍA

*Rocío
Vélez de
Piedrahíta*



Vélez de Piedrahíta, Rocío, 1926-2019

El sietecuecos de Lía / Rocío Vélez de Piedrahíta. – Medellín: Editorial EAFIT, 2022
132 p.; 21 cm. -- (Biblioteca Rocío Vélez de Piedrahíta)

ISBN 978-958-720-807-8

1. Cuento colombiano - Siglo XX. I. Tít. II. Serie

C863 cd 23 ed.

V436

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

El sietecuecos de Lía

PRIMERA EDICIÓN. EDICIONES ROJO, MEDELLÍN, 1994

Primera edición en esta colección: noviembre de 2022

© Herederos Rocío Vélez de Piedrahíta

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 sur - 50

Tel.: 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-807-8

Edición y dirección editorial: Claudia Ivonne Giraldo

Corrección de prueba: Emma Lucía Ardila Jaramillo

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Ilustración colofón: Diego Mesa

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad. Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

Contenido

Presentación.....	7
-------------------	---

EL SIETECUEROS DE LÍA

EL SIETECUEROS DE LÍA.....	15
----------------------------	----

CUATRO MUJERES Y EL VOTO LIBRE.....	25
-------------------------------------	----

EL FIERRO DE MIGUELITO	45
------------------------------	----

SER BALLENA... ¿PARA QUÉ?.....	65
--------------------------------	----

MASACRE EN VILLA MARÍA DEL ALTO.....	73
--------------------------------------	----

EL QUIJOTE DE LA ENTRADA.....	93
-------------------------------	----

EL PROBLEMA	107
-------------------	-----

LA RATA RARA	115
--------------------	-----

LA ISLA	125
---------------	-----

Presentación

Como suele suceder en la vida de un narrador, los primeros trabajos publicados aparecen dispersos tanto en el tiempo como en revistas, periódicos, publicaciones de escaso tiraje y luego, por decisión propia o de un editor amigo, se publican como una colección de cuentos. Rastrear los relatos dispersos es una especie de arqueología editorial, que no por difícil, es menos fascinante.

En el caso de Rocío Vélez de Piedrahita sabemos que su primera publicación de un “cuento largo”, como ella lo califica en la entrevista televisada que le concedió a Bernardo Hoyos en 1999, es *El hombre, la mujer y la vaca*, publicado por la inolvidable Editorial Bedout en 1960, cuando la autora contaba con 34 años. Dos años más tarde aparece otro cuento largo –o novela breve, si se quiere– *El pacto de las dos rosas*, en esa misma editorial.

Las dos historias debieron ser incómodas para la sociedad de entonces, ella lo sabía y por eso acota en el subtítulo: “Un cuento desagradable” en el caso de *El hombre la mujer y la vaca*, y “Otro cuento desagradable” para *El pacto de las dos rosas*:

se trataba de mostrar la vida y la tragedia de mujeres que quedaban y siguen quedando en la orilla, al margen incluso del reino de los desposeídos; mostró la crueldad de una sociedad que no ama a las mujeres. Ya Jaime Sanín Echeverri, con su novela *Una mujer de cuatro en conducta*, (1948, Imprenta Departamental), había llamado la atención sobre cómo la dureza y la ferocidad de un mundo hecho para hombres y para privilegiados, atrapa y castiga solo a las mujeres, en un reducto de Ley Mosaica, por lo que se consideraban pecados contra la honra.

Rocío también fue una estudiosa de la literatura dirigida a los niños y a ella dedicó su fundamental *Guía de literatura infantil* que publicamos en esta Biblioteca (2021) y que ha servido por décadas de libro de base para muchas maestras y maestros y para la promoción de la lectura en nuestra ciudad. Su infancia estuvo rodeada de libros y de escritores que pertenecían a su familia. Conservó algunos de sus queridos libros de esa época, y son hermosos. En 2014 publica (UPB) una breve colección de cuentos dedicados a la Navidad que recoge, como ya dije, algunos de sus primeros trabajos dispersos; una edición de escaso tiraje y que ahora es imposible de conseguir. El cuento que aparece en el libro, dedicado a su hijo, “Evaristo y la hoja de celofán”, había sido publicado antes en la *Revista Presencia*, de Bogotá, en 1964, dirigida por María Carrizosa de Umaña, en donde Rocío fue asidua colaboradora y en la que publicaban sobre todo mujeres. Entre otros, publicó allí el cuento “En el cielo también se llora”. Guardó los recortes de otros cuentos suyos publicados en periódicos,

por ejemplo: “Marecilla”, en *El Espectador* (diciembre 21 de 1958); “El pesebre de Trina”, en *El Espectador* (Diciembre de 1970), “El milagro de Lucho” en el *Dominical del El Espectador* (diciembre de 1960); “La rata rara”, que aparece en la colección de cuentos de *El siete cueros de Lía*, y que se publicó en la gaceta mensual *Tercer Mundo*, en julio de 1965.

De esta vertiente son también la selección y adaptación de cuentos tradicionales que realizó para la Corporación Amor al Niño, titulado *Cuentos con Cariño* (2000); y, el cuento “La tía Gladys” que da título al libro *La tía Gladys y otros cuentos*, (2000) una colección de relatos sobre el conflicto armado en el mundo y el impacto de las minas terrestres, en la que participaron otros escritores y que fue patrocinado por Adopt-A-Minefiel (USA-UNA). Falta mucha bibliografía por recopilar y así recoger estos cuentos escritos para niños y que seguramente enriquecerán, no solo el legado de Rocío Vélez sino el que en literatura infantil han dejado nuestros escritores de la región.

Cuenta su hija Carmen Piedrahita que en las navidades “...escribía comedias, un guion completo con roles para cada nieto, los niños vecinos o para quien quisiera actuar. Por esas obras transitaron Bin Laden, Patarroyo, los políticos de turno, en fin, eran momentos inolvidables en cuya preparación ella era la escritora, vestuarista y directora”. Ojalá se conserven esas breves obras, esos divertimentos familiares.

Sorprende que tanto en sus cuentos largos y en los cuentos pensados y escritos para un público adulto, mantiene su estilo franco y directo, poco dado a los adornos superfluos y

sin embargo pleno de encanto y de frases, regadas en el texto como luces, que son pura poesía. Esa maestría también la demuestra en sus novelas, estudios históricos y en esas “piezas breves” que fueron sus columnas en periódicos y revistas y que se recogieron en los dos tomos de *Entre nos* (1959-1973 Editorial Bedout). Pero, tal vez, la característica fundamental de su escritura es el humor, que en ella no es gracejo vano, mero divertimento. El humor, agudo y lacerante de Rocío Vélez revela, destapa, critica, insinúa; es decir, la inversión que el carnaval trae cuando nos muestra que el tonto es el rey o que el rey es un tonto. El narrador, la narradora de sus textos, conservan una distancia aparente que sitúa a sus textos narrativos en el límite entre la agudeza y la humanidad.

Este volumen de cuentos que hoy presentamos, *El siete cueros de Lía*, lo publicó, en 1994, Ediciones ROJO. En los nueve que lo conforman, el cuento que le da el nombre al título es, tal vez, el que refleja su estilo y sus intereses con mayor virtuosidad: la familia, el pasado que se vence frente a la modernidad que irrumpe sin compasión y esa mirada amorosa de la hija que con respeto ve irse a la madre y con ella a una generación, a una época. Y de la misma raigambre es “El Quijote de la entrada”; delicada mirada a la casa que se abandona, en donde queda la historia de años de luchas y de momentos entrañables de una familia. Regresa en “El fierro de Miguelito” y en “Masacre en Villa María del Alto”, a su preocupación por la tragedia personal y colectiva de la violencia que no da tregua; son dos cuentos que se leen también con el alma en la mano. En “Cuatro mujeres y el voto libre”,

heredera de Sofía Ospina de Navarro, sabe decir lo que quiere sin arengas ni quejas: cuenta que para muchas de las mujeres que ensayaron eso de votar por quién las iría a gobernar, no había nada de libertad. En los cuentos “La rata rara”, “Ser ballena... ¿para qué?”, “La isla” y “El problema”, acude a la fábula y a la parábola para cuestionar, aleccionar, si se quiere.

Con la admiración acrecentada y el cariño intacto, publicamos este nuevo volumen de la Biblioteca Rocío Vélez de Piedrahita, un mes antes de Navidad de este duro 2022 para que quede su palabra siempre en la memoria.

Claudia Ivonne Giraldo G.

Noviembre de 2022

*Huella: pisada, rastro, vestigio,
estela, surco, cicatriz, marca,
memoria*

Martín Alonso, *Diccionario Ideoconstructivo*

EL SIETECUEROS DE LÍA

Como Lía tenía muchos años cuando quedó definitivamente acordada la zona en la cual se construiría el nuevo aeropuerto, no disfrutó como hubiera sido de esperar con la noticia de que el progreso tocaba sus linderos. Porque a Lía le gustaba el progreso; ir hacia adelante, en dirección a lo funcional, la eficiencia, la comodidad; alivio de dolencias fastidiosas, economía de esfuerzos tontos. “¡Cómo perdíamos el tiempo!; para comerse una gallina era necesario empezar por engordarla; el que crea que antes vivíamos mejor, no vivió antes”.

Fue pues una lástima que decretaran el aeropuerto cuando ella luchaba contra la soledad que envuelve al anciano a medida que desaparece la generación que compartió su modo de vivir y se encuentra, sorprendido, en medio de la multitud de niños y jóvenes que crecieron hasta hacerse cargo de la vida, sin por ello integrarse a los valores de la generación anterior. Cuando se enteró –¿Un aeropuerto?, dijo, ¡qué bien!–; archivó satisfecha la información junto con el alud de novedades anodinas que le llegaban a diario. Se limitaba a mirar desde

el corredor el movimiento de tierras que iba carcomiendo el vecindario.

—Se ve que va a ser grande...

Pasaba su mirada por sobre el deterioro cercano y la detenía en las lejanas montañas para repetir con infatigable emoción: “... tus ojos tienen ese tinte vago de las montañas vistas a lo lejos, tu cabellera tiene los reflejos que da en la selva moribundo el sol ...”, con un deje en la voz de quien repite frases dulces que le susurra un fantasma.

Frente a esta zona devastada, una inmensa llanura artificial de tierra amarilla, me doy cuenta de que ella nunca conoció de cerca el progreso monumental. Los avances que aplaudió consistían en prodigiosos experimentos realizados en países distantes: energía, velocidades, poderío. La cola de ese cometa, el resultado práctico final, le llegaba en forma de enseres anodinos, electrodomésticos, enlatados, plásticos; un progreso bien diferente de este rugido intermitente de máquinas, pesantez del aire, desolación amarilla de tierra desmenuzada que en verano, al menor soplo de brisa, cubría todo el campo con una fina capa de polvo sepia y atrofiaba flores, hojas, pastos; y en invierno formaba charcos enlodados, enturbiaba los cursos de agua; el paisaje opaco para los ojos nublados de hombres y bestias, gargantas enloquecidas, mal sabor, mal olor.

Al primer entusiasmo periodístico, las medidas de financiación, el trájín para la adjudicación de contratos siguió la demolición de cientos de hectáreas a la redonda: los campesinos antes de entregar sus propiedades, vendieron puertas

y ventanas, pilares, bases, ladrillos; las tejas curadas tenían más valor y demanda que las nuevas. Anticipándose al trabajo de las excavadoras, arrancaron inclusive la grama y la vendieron. Cuando ocupó el solio de Bolívar un nuevo gobernante, dijo que la obra era innecesaria, el costo desmesurado, y dio la orden de suspender los trabajos, no quedaban sino ruinas amarillentas de gruesas tapias sin forma de casa, sin forma de nada. La devastación.

Lía ya concentrada en su final, se inclinaba más y más. Temblaba un poco —¿fatiga?, ¿temor?—, necesitaba apoyo para caminar, para levantarse. Miraba fijamente desde el corredor, no reconocía el paisaje y, como niño temeroso en lugar extraño, manifestaba su deseo de volver a casa; su casa de infancia, la del portón grande y el zaguán amplio y primer patio con surtidor, segundo patio, solar.

—Está tarde ... vámonos ya para la casa.

—Está temprano mamá. Y estamos en la finca, en su casa...; lo que pasa es que, ¿se acuerda?, están haciendo un aeropuerto y han movido mucha tierra... pero fíjese bien, allá se ve el puente, ¿lo ve? y la recta... mire... la subida al camino de Rionegro...

—Veo el puente pero la subida no...

—Fue que tumbaron los árboles, pero fíjese del puente para allá: ahí está el sietecueros...

Lía miraba fijamente en búsqueda ansiosa del punto de referencia que garantizara su seguridad. Las voces que la tranquilizaban de niña, las de compañeras de juegos, aquellas que respondían a sus confidencias de joven, se apagaron dejándola

como suspendida sobre el vacío. ¡Si pudiera recuperar las de su esposo y sus hijos! La voz del esposo que compartió su vida se disolvió en el murmullo de quejidos de un anciano que murió hace... ¡mucho!; y las voces de sus niños crecieron, perdieron el deje que pide ayuda, adoptaron la rotunda decisión del que no la necesita y finalmente se fundieron, deformadas, en estas voces extrañas que ahora le ofrecen protección; no corresponden estos adultos solícitos a los que una vez llamó mis niños, mis hijos, mis hijitos, pero la rodean cariñosos –sólidos– y en su desamparo los acoge ansiosa.

—¿El sietecueros?

—¿Ve el puente?

—Sí...

—Siga por la recta... ¿ya?

—Sí...

—Ahora mire un poquito a la derecha... está florecido... junto a los restos del cerco.

—¡Ah!, ya lo veo... sí... patente, el sietecueros; hice el cerco por ahí para defenderlo ... ¿y por qué dañaron el cerco? ¡si era fino! ¡de eucaliptos!

—Es por lo del aeropuerto mamá...

—Ah! ¡claro!, tienen que tumbarlos todos... se ve que va a ser muy grande... estupendo...

Lía se murió como había vivido: sin rencores, añorando sin lamentos la primavera cuando pujaba por vivir y plena de salud, agilidad y futuro, llenaba su finca de frutales y hortalizas. Dicen los sabios que la naturaleza envejece, pero Lía la veía reverdecer con igual pujanza después de cada invierno,

de cada sequía; siempre colmada de animales y flores que respondían con vigor a sus cuidados.

Ni al cerrarle los ojos ni de regreso del cementerio, tuve la menor sensación de orfandad. Me parecía sí afortunado, que hubiera terminado esa tortura que llamamos muerte natural. No hay muertes naturales; la muerte es a la vida su destructora, su contraria, su final. Cuando no llega súbita en accidente imprevisto, se va incubando entre una enfermedad progresiva, invasora. En ese invadir, roer la vida, inutiliza el cuerpo, y cuando deja la mente para el final, duele como mordisco, como patada, como traición.

Durante muchos días Lía me siguió cual sombra, con una inminencia casi tangible, por los corredores de la casa, los senderos en el campo abierto; además perduraban huellas manifiestas de su vida en el pamplemuso cubierto de frutos, resultado de sus indicaciones para la poda, y tal cual mata florecida que aún debía la fertilidad a sus cuidados.

La primera sensación palpable de separación vino con la alteración de la entrada. La columna izquierda de la portada se derrumbó por error, falla humana del conductor de un camión al reversar; la demolición de la segunda fue premeditada:

—Que vengan por la placa con el nombre de la finca —me avisaron— porque ya van a aplanar la entrada.

La entrada desapareció. Los ingenieros —profusión variada de doctores gentiles— me tranquilizaron con el anuncio de una reposición por la parte de atrás. El día que crucé aquel camellón recién hecho y enfrenté una perspectiva 'otra' de la

casa, de arriba para abajo, enfocando no la fachada sino los techos, –si Lía viera... todo al revés...– me dije, y por primera vez me pareció que entraba sin ella.

Siguieron cambios vertiginosos. Un nuevo presidente prometió terminar en su período de cuatro años lo que difícilmente se podía hacer en ocho; una vez comprometido el orgullo y la palabra del mandatario de aterrizar allí antes de dejar su cargo, la trepidación de la zona alcanzó el clímax. Los funcionarios se multiplicaban, removían tierra, arenilla, cascajo; por unos lados cercaban, por otros atajaban barrancos rebeldes, más allá apresuraban el asfalto de una pista y por todas partes enterraban entre tuberías cuanto curso de agua aparecía hasta no dejar quebradita, zanja, charco, acequia, nada que brillara al sol, ni el menor vestigio de riego natural convertido ahora en peligrosa humedad. Diseminados por la gran planicie, persistían en su sitio uno que otro vestigio de lo que había sido, débiles puntos de referencia cada vez más difíciles de asociar con viejas distancias al paisaje de siempre: entre ellos el sietecueros de Lía con su pedante tronquito cubierto de cortezas como de gran cedro, tiesas sus ramas, siempre cubierto de flores rosa, violeta y púrpura, en el cerco que separaba los llamados ‘potreros de La Vega’, señalaba lo que parecía ser el límite de los trabajos.

Pero no era el límite de los trabajos.

El número de máquinas crecía cada día. Como terneros en corral, como peces estrechos en un estanque, trajinaban todas en una dirección para súbitamente estacionarse unas, desaparecer otras disimuladas por morros de tierra removida,

y dejaban dos o tres que cruzaban desorientadas por el centro desolado del inmenso terraplén. Variadas en diseño de acuerdo con sus funciones, todas atronaban. Tal vez las más agresivas en cuanto a lo que eran capaces de mover, romper, empujar, eran seis traídas especialmente de España, de tan alta peligrosidad por su fuerza y tamaño, que venían provistas de una sirena coordinada automáticamente con la reversa; para no desperdiciarlas ni un momento, trabajaban día y noche.

—Si mamá viera... —me repetía siempre con la sensación de que Lía en alguna forma rondaba todavía su tierra, su finca, su adorada finca.

Una tarde a finales de Navidad el ruido desencadenado se acercaba más y más, y decidí ver de cerca. Salí al corredor, bajé las gradas de ladrillo de la fachada y empecé a caminar por el camino de piedras sueltas que hacía más de medio siglo servía de acceso a la casa, andando de prisa, con los pies torciéndose sobre las piedras flojas, como si tuviera que apresurarme para llegar a tiempo.

Pasé una vetusta pareja de pinos y después de la curva seguí bajando hasta el puente de cemento con firmes estribos y baranda de tubos metálicos, con el cual Lía sustituyó el antiquísimo de tablones y techo, arrasado alguna vez por la creciente.

—Este será para toda la vida: que puedan pasar el lechero y el camión con ganado... —fue la orden que dio al maestro de obras. Efectivamente pasaron cargados sin el menor problema el lechero y el camión del ganado. Pero nunca pensaron ni Lía ni el maestro de obras en las máquinas del aeropuerto. Tal

vez no fue una, sino la cantidad de veces que lo cruzaron y la confianza de los conductores en el puentecito:

—No hay problema... ¡aguanta!

Primero ocurrió el hundimiento de un lado de la balaustrada que quedó con una bomba sobre la quebradita ya convertida en un curso de agua rojiza. Después fue arrancar desde la base los soportes de la baranda del otro estribo con lo cual perdió su línea de puente y quedó reducido a paso peligroso.

Lo crucé de afán —no sé por qué iba de afán— hasta llegar al final de la recta donde empezaba el destrozo del terreno. Me encaramé por entre pedruscos y huellas de máquinas al tronco que remataba el promontorio de tierra removida, me senté y hundí el sombrero que una leve brisa quería llevarse con la nube de polvo; y empecé a mirar anhelante.

Por la parte alta del despeñadero empantanado bajaban camiones cargados de material para seguir elevando el nivel hasta alcanzar la explanada de las pistas y el edificio; llegaban uno tras otros cargados con tierra roja vinagrada, y obedeciendo a indicaciones que nadie daba, buscaban un lugar —sin lógica evidente para el observador—, se detenían y vaciaban dócilmente su carga. No habían terminado de dar la vuelta, todavía caminaban con su cajón al aire, y ya se aproximaba el siguiente perfectamente coordinado. Me distraje siguiendo una máquina pausada, de movimientos amenazadores que no hacía ruido al compactar el suelo sobre el cual clavaba sus huellas dentadas, seguida por una más pequeña que iba borrando las grietas de su paso. Las grandes españolas con su sirena de reversa, trabajaban a lo lejos y colaboraban al mugido sordo del paisaje.

Cuando vi el aparato era tarde para gritar.

Bajó por el esbozo de camino trazado en la vertiente artificial y rodó derecho hacia el cerco.

—Va a tumbar lo que queda del cerco... —pensé. Pero mi angustia creciente me indicó que temía una destrucción más radical. Sin salirse de la línea un centímetro, arremetió sin vacilación contra el sietecueros.

Si ya inicié este relato no es del caso disimular, minimizar lo que ocurrió. Puede parecer tonto, seguramente cuantos lean mi relato pensarán ¡exagera! ¡no es para tanto!; con frecuencia nuestros sentimientos no corresponden a lo que los espectadores consideran adecuado; más en este caso porque, ni los que me lean, ni los maquinistas que esperaban en el lugar, conocieron desde que tuvieron uso de razón, al sietecueros de Lía. Contuve la respiración. Pensé con rapidez de vértigo que un sietecueros es poca cosa para un aeropuerto tan grande, además estaba en el confín, en los linderos, no podía estorbar el aterrizaje de las naves internacionales que llegarían a visitarnos.

No puedo recordar si lo que se abalanzó sobre el arbolito florecido fue una moto traílla, o compactadora, o buldócer, o *Caterpillar*: vi una mole que se acercaba impávida contra el sietecueros arraigado al suelo, que no podía intentar siquiera defenderse. Además, yo sé que no quería huir: ¿a dónde?

No es el sietecueros árbol que arraigue fácilmente; esa tierra lo acogió amorosa, allí creció sin que nadie lo sembrara, sus raíces conocían las entrañas del suelo y sabían buscar el agua, había extendido las ramas en busca de sol, esquivando o alcanzando reflejos y sombras que le daban plantas vecinas; el

inicio de su tronco con líquenes, musgoso, las flores tersas, no eran sino la señal de su acomodo, de su perfecta conformidad con el lugar: ¿huir?, adónde ¡si todo estaba pelado, no en unos metros, no en cuabras, sino por kilómetros y kilómetros sin fin! Apenas si tuvo un aleteo final con la brisa que levantaba la propia máquina. Cedió sin resistencia, sin traquidos ni estridencias.

En cambio yo sí grité: la máquina ahogó mi protesta.

—¡Lía!, ¡tu sietecueros...! —me tapé la boca con la mano, y no me oía repetir: ¡Lía! ¡mamá!—.

Entonces me dolió su muerte. Por fortuna no había nadie; de lejos, los hombrecitos trepados en las máquinas parecían apenas un tornillo más; primero de pie, luego sentada sobre el tronco, me puse a llorar porque mi mamá se había muerto, ahora lo sabía. Su sombra se desvanecía, la voz se disolvía, no quedaba de ella sino aquel vestigio florecido. El sol tembloroso se ocultaba lentamente tras la montaña, a mi espalda, ya casi no alumbraba; cuando me acerqué al sietecueros no distinguía en el pantanero entre restos de follaje, el color azulado de las flores: eran apenas manchas negruzcas entre el piso empantanado.

Regresé lentamente con el desgarramiento que produce dejar tendido en el cementerio a un ser querido; alcancé a ver a dos hombres que apeados de sus camiones me señalaban con curiosidad. No les quito la razón: bajarse de un tronco y caminar hasta un punto cualquiera, agacharse a recoger trozos de barro y quedarse mirándolos, hasta de lejos es un cuadro exagerado.